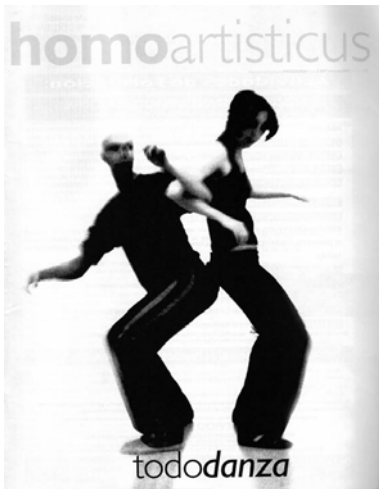


NÚMERO 11 y 12

EL ARTE COMO AUTOCONOCIMIENTO Y CELEBRACION COLECTIVA

Javier Melguizo. Coordinador de grupos de arte plástico, danza y creatividad (Madrid).



El arte es un acto espiritual, y como tal, es un acto sencillo y único. Siempre ha sido así: no hay evolución ni diferencia en lo esencial entre el acto de imprimir la palma de la mano en una caverna, construir una catedral o sentarse frente a un caballete mirando un paisaje: acto de conexión, celebración de la vida, reencuentro con la propia alma y el mundo. Nuestra sociedad y nuestra época casi han olvidado ya el carácter sagrado del arte, del mismo modo que se han desacralizado el resto de las facetas de la vida. El arte de hoy es en su mayor parte espectáculo, comercio, entretenimiento vacío. Sin embargo la necesidad espiritual primera permanece, y es recuperable cada vez que alguien –cualquier persona- desea volver a encontrarse con su alma utilizando el color, el volumen, el sonido o el cuerpo como instrumentos. ¿Cuál es el camino para este reencuentro? Quizá tan solo *confiar*, confiar en que el proceso de creación lo hará todo por sí mismo, confiar en que yo no tengo que intervenir, que en realidad cuanto menos haga, más será hecho, cuanto más olvide mi pequeña personalidad - prejuicios, ideas, deseos de

reconocimiento... – más podré ser un canal de manifestación de la belleza de todo lo existente, y más contenidos verdaderos podrán alumbrarse, surgiendo de ese misterio que somos cada uno de nosotros.

Existe un proceso psíquico que se desarrolla, se ilumina, se descarga y se resuelve de manera natural en el propio acto de la creación, del mismo modo que sucede en los sueños o las fantasías. La resolución de este proceso es necesaria para la salud mental, y cada persona dispone de su propio mecanismo de salida del deseo. El arte es un medio muy eficaz, porque su mecanismo de salida se realiza a través de un objeto externo –el producto artístico- que permite materializar y *ver fuera* los fantasmas internos: la ira, la frustración, el miedo... El fantasma que puedo reconocer y mirar cara a cara (e incluso transmutarlo en un objeto cargado de belleza) pierde gradualmente su poder, y abre además una puerta para iniciar un camino de desarrollo espiritual. Comenzar este camino a través del arte es asequible para cualquier persona que esté abierta a conocerse y a penetrar en el mundo. Sólo es necesario permitir y permitirse este proceso (por supuesto olvidando la exigencia por conseguir un resultado) y las imágenes internas nacerán y crecerán por sí mismas, porque estamos llenos de ellas y necesitan manifestarse.

En la pintura, por ejemplo, podemos vivir con mucha claridad este proceso si permitimos que las diferentes manchas y formas que van surgiendo espontáneamente se superpongan y cambien, creando diferentes capas que se corresponden con nuestros consiguientes estados mentales y emocionales. De este modo la imagen puede irse configurando por sí misma, reduciendo la intervención consciente y dando lugar a contenidos inconscientes que nos traen mensajes sobre nuestra vida. Si combinamos la creación de imágenes plásticas con la vivencia y recreación de éstas a través de la conciencia del cuerpo y su expresión en el movimiento, la voz y la música, disponemos de una herramienta poderosísima para el autoconocimiento y la autotransformación. Y transformarse a uno mismo con conciencia es sin duda transformar la sociedad hacia una sociedad mejor.

El otro carácter esencial del arte que se ha perdido es su dimensión colectiva. Tradicionalmente el arte ha estado vinculado a los ritos de celebración de la comunidad, a través de las fiestas, danzas, actos mágicos, etc, y ha sido un factor muy importante de unión social y de interpretación compartida de la realidad. La desconexión actual entre arte y “público”, el mismo hecho de dividir la sociedad entre *artistas* y *público*, los que hacen y los que reciben pasivamente, nos hace percibir el arte como algo exclusivista y reservado a una minoría, o como una actividad solitaria y ensimismada, despojándonos a nosotros mismos del derecho y el patrimonio de vivir la creación artística libremente y en comunión con la colectividad. En nuestra sociedad actual se hace más necesario que nunca el crear espacios para la comunicación en grupo y la creación colectiva, y devolver al arte su arraigo natural en la vida concreta y cotidiana, su poder para comunicarnos y unirnos, para mostrarnos en nuestra esencia, que es común a todos, para encontrar caminos que nos vinculen al mundo que nos rodea (las otras personas, animales, naturaleza... que están ahí frente a nuestros ojos) y que abran nuestro estrecho caparazón individualista.

Desde este acto sencillo, único y universal que es el acto artístico. Acto de celebración de la Vida. Camino, Puerta o Espejo, que nos abre a la realidad, que nos ayuda a encontrar un lugar dentro de nosotros mismos, un lugar junto a los otros. Un lugar que nos otorga sentido y nos sitúa en este mundo.